

un adversario implacable. Cuando se aleja de las zonas neutrales, donde abundan los recursos, lo acecha la muerte en encrucijadas de sombra y arteros disparos surgidos de los arbustos. Unos cuantos seres famélicos, comidos de paludismo, con los ojos surcados de fiebre, bastan para detener a los robustos y bien conocidos *marines*.

Un hórrido cortejo sigue a liberales, a conservadores y a todo el mundo en Nicaragua. Son los zopilotes, que se aprestan a festines opíparos con los restos humanos y desperdicios de los ejércitos.

El trópico ha revelado parte de su secreto en las novelas de Rómulo Gallegos y de José Eustasio Rivera. El libro de Robleto nos sugiere todavía más. Es la novela palpitante de una raza que lucha contra dos enemigos: el interno (cacique, explotador, oligarca) y el externo compuesto de banqueros, políticos ávidos y ocupantes militares.

Sangre en el Trópico sostiene su interés hasta el final. Existe ahí un defecto, propio de un escritor que por primera vez ensaya tan difícil género: la introducción de un episodio sentimental. Un fusilero de marina, Clifford D. Williams, que se exhibe muy bruto en sus actuaciones resuelve reparar una violación perpetrada en una criolla. Se casa con ella y deshace el entuerto. Esto parece absurdo y no corresponde a su psicología anterior, de ser instintivo y primario. Realzamos este defecto, que es el único grave que hay en toda la relación. Admirable la sensación del Mar Caribe, muy felices las pinturas de

costumbres y de combates. Pero, por sobre todo, las páginas consagradas a la selva, que es el gran personaje de este libro, donde los caracteres más recios se diluyen un poco ante el terrible drama colectivo. Es la gran tragedia americana que revela algo de su multiforme gangrena: el político explotador, el criollo ávido, el militarote afortunado que se agazapa entre palabras huecas de redención. Y, por debajo, de éstos, el astuto banquero yanqui, el empresario colonial de las bananas y de la United Fruit Company, señoreándose en las Antillas y conduciendo los áureos plátanos para Nueva York.

Robleto ha escrito con calor de humanidad y vibrante patriotismo De ahí el secreto emocional del primer libro suyo. Basta, sin embargo, para colocarlo entre los buenos escritores de Hispano-América. Como dice él: «Este no es un libro de odio. a pesar de que hay muchos motivos para odiar». Lo entona tal resolución: el deseo de que estas desgraciadas tierras, merecedoras de próspero porvenir, no sigan esclavizadas por sus propios políticos, por sus desleales hijos. El enemigo mas grande de América es el mal americano. Verdad que se extiende, desnuda y dolorosa, desde Chuquicamata hasta el Caribe, y que hemos visto crucificada sobre el triste destino de los nativos.—Ricardo A. Latham.

DAVID GOLDER, por Irene Nemirovsky.

David Golder, judío, después de haber vivido una agitada y sombría

vida de negocios, muere, a la edad de sesenta y ocho años, de una angina de pecho. Este es el tema de la novela de Irene Nemirovsky. Aquella agitada y sombría vida de negocios no está pintada sino a grandes rasgos; surge de los recuerdos del protagonista. Para la autora no tiene importancia la vida anterior de David Golder. Coge al personaje en el instante en que empieza a sentir los primeros síntomas de la enfermedad y describe su vida y los acontecimientos de ella hasta que muere a bordo de un barquichuelo que lo conduce de Rusia a Turquía. La descripción patológica es minuciosa y casi cruel; recuerda las sutiles y angustiosas descripciones psicológicas de Dostoyevski. Hay algo de sadismo en ese afán de anotar los mínimos detalles de la enfermedad: las angustias del enfermo, el análisis de sus dolores, las reflexiones sobre su mal y las posibles consecuencias. El lector nervioso termina por sentir dolores en la región precordial.

Junto a este proceso patológico, la autora desarrolla otro, psicológico, no menos intenso, derivado de la tragedia familiar de David Golder: una mujer liviana y egoísta y una hija libertina e indiferente. El lector no tiene un instante de respiro y desde el principio hasta el fin del libro debe soportar una tensión nerviosa fortísima. Entre los personajes no hay uno solo bueno, desinteresado, franco siquiera. Hablan de una manera oscura, cínica o sarcástica, se engañan unos a otros, mienten. Van a enterrar a un socio de David Golder que se ha

suicidado por malos negocios y mientras esperan la sepultación bajo una lluvia torrencial, uno de los acompañantes dice:

—Sí; en París, cuando llueve, son poco agradables los entierros. Pero todos tenemos que pasar por ello. Ya verá usted cómo el bueno de Marcos (el muerto) se las arregla de modo que, para ser la última vez que le acompañamos, reventemos todos de pneumonía. Debe darle gusto que chapoteemos en el barro. . . . No era un hombre cariñoso. . . . ¡Oh! ¡Por fin se ha acabado! Nos vamos. . . ¡Ya era hora!

El que habla es un «juif». Y así es todo el libro, desolado, amargo, doloroso. Las figuras de los judíos que aparecen en la novela, las figuras morales y físicas, son menguadas, mezquinas. ¿Será la autora una anti-semita rabiosa? Debería serlo, a juzgar por el libro; pero no lo es. Irene Nemirovsky es también judía, hija de un banquero. Si es así, como lo afirma en un artículo Noël Sabord (*Vient de paraître*, marzo de 1930), ¿por qué eligió para personaje de su novela un hombre de su raza y por qué los demás judíos que alienan en el libro están tratados de esa manera triste? Cualquier otro hombre de negocios, de raza no judía, pudo haberle servido para ello.

Sin embargo, atenuando en algo la dureza de la psicología de la gente semítica, David Golder concluye por ser un hombre simpático, un hombre que inspira piedad por sus sufrimientos y su desolación; constituye algo así como un símbolo. La novela de Irene Nemirovsky no puede estimarse sino como admira-

ble, escrita con gran soltura, sobriedad y justeza. Los monólogos interiores de David Golder han sido combinados con singular maestría. Literariamente, *David Golder* es casi una obra maestra. Políticamente, es un flaco servicio hecho a los israelitas, sobre todo a los israelitas de Francia, donde el antisemitismo constituye un solo sentimiento con el patriotismo.—*Manuel Rojas*.

'CRUCES Y MUERTOS (LES CROIX DE BOIS), por *Roland Dorgelès*.

Otra novela de la guerra... Heridos, muertos, chistes en las trincheras. En verdad, nada de nuevo. Dos o tres cuadros acertados. Nada más. Los otros se parecen a los de las numerosas novelas de guerra que llevamos sufridas. El tema parece que dará mucho todavía; actualmente reemplaza, en gran parte, a los usados antes de la contienda europea. Es el motivo que apasiona y atrae a la gente que gusta de las obras truculentas, impresionantes: novelas de aventuras, policiales, etc. Concluirá por hastiarnos a todos; se convertirá en algo parecido al adulterio o al robo del collar de perlas.

Sin embargo, hay en el libro de Dorgelès un cuadro maestro. Es aquel que narra la ejecución de un soldado.

—¿Sabe lo que había hecho? La otra noche, después del ataque, se le nombró de patrulla. Como ya había ido la víspera, se negó. Nada más...

—¿Lo conocías?

—Sí, era un muchacho de Cotteville. Tenía dos niños. Dos niños; altos como su patíbulo.

El capítulo se titula: *Morir por la patria*.

Esto es lo más original del libro, lo que lo destaca de las novelas que se han escrito sobre la guerra. Los demás capítulos nos son ya conocidos y los personajes que en ellos actúan también: el soldado gracioso, el que come mucho, el traicionado por su mujer, el indiferente, el que se transforma en héroe casi contra su voluntad, el miedoso. Es la misma fauna de las trincheras alemanas y francesas que se reproduce a través de todas las novelas.

El libro está traducido de una manera horrorosa. El traductor ha sustituido las palabras del argot francés por las del español y esto produce una repugnante sensación de hibridez. Algunos poilus habla como chulos madrileños. La puntuación anda y va por donde quiere, y los errores se muestran en todas las páginas sin decoro alguno. Desde algún tiempo ciertas editoriales españolas publican sus libros sin cuidado de ninguna especie. Los que leyeron *El mundo hundido* de Pablo Schostakowsky recordarán el galimatías sintáxico que se observaba en los últimos capítulos; los verbos aparecían como traspuestos y cambiados de tiempo y de ubicación. Sólo los primeros dos capítulos, que Schostakowsky escribió durante su permanencia en Chile y que fueron corregidos por sus amigos de aquí, aparecían correctos. Los demás, infames.